

Discurso del Excmo. Sr.  
D. Amador Jover Moyano  
Rector Magnífico de la  
Universidad de Córdoba

Excmas. e Ilmas. Autoridades  
Sres. Claustrales  
Sras., Sres.

Cuando Edouard Lalo componía en el verano de 1874 su obra más universalmente conocida, la *Sinfonía Española*, lo hacía movido a ello por uno de los más grandes violinistas de la época, el español Pablo Sarasate, a quien la dedicó. Poco suponía por entonces que esta pieza, una de las más seductoras, pero también de las de más difícil ejecución del repertorio violinístico, iba a estar vinculada, algunos años después, a la irrupción en el panorama musical de otro de los más relevantes violinistas de la música universal: Yehudi Menuhin.

Se suele decir que con la *Sinfonía Española* comenzó una "mediterraneización" de la música por entonces imperante, entendiéndose por una de sus características la armonización de muy diversos espacios sonoros, la combinación de los más variados recursos instrumentales y cierto exotismo melódico y rítmico extraído de un crisol musical que han ido conformando, a lo largo de los siglos, los pueblos y las culturas ribereñas del viejo Mare Nostrum.

Quizá por entonces al decidirse por esa pieza, Yehudi Menuhin exteriorizaba, sin aún saberlo muy bien, el primer atisbo de una de las facetas por las que hoy es más querido y admirado: su dedicación a la causa de la solidaridad, la convivencia entre los pueblos y la armonía de las culturas. Una armonía que él concibe de forma total, como quizá solo puede concebirla un músico. Una armonía que incluye la integración de civilizaciones, hombres y religiones no sólo entre sí, sino con todo el planeta y la vida que sustenta, como nos expresó, hace años, con ocasión del memorable concierto que protagonizó en el auditorio de los Colegios Mayores y que ya ha pasado a formar parte, junto con la oración entonces pronunciada - la "oración de Córdoba" - de los hitos trascendentes de nuestra joven Universidad.

Sin duda entonces tuvimos oportunidad de comprobar una de las aseveraciones que el maestro Menuhin suele reiterar en sus conversaciones: el papel liberador de la música - con todo su potencialidad para elevar el espíritu y hacernos olvidar las servidumbres temporales - que nos permite adentrarnos en la vida intensa que la obra de arte expresa y el intérprete transmite.

Nuestra tierra andaluza, y Córdoba muy en particular, es sin duda un claro exponente del sincretismo cultural que caracteriza al mundo mediterráneo. Y sobre

nuestro campus pesa la enorme responsabilidad de responder a las exigencias creadas por un legado cultural y una proyección histórica de siglos. Pero muy especialmente a la de saber mantener el aliento de amor al saber, de tolerancia, de convivencia, de unidad en la diversidad y de enriquecimiento mutuo, que hizo de la palabra Córdoba un paradigma, jamás repetido a lo largo de los siglos.

Cuando todavía están frescas en los periódicos las noticias procedentes de la Conferencia Euromediterránea que nos presentan, tras arduos trabajos y difíciles conversaciones, todo un entramado de programas, ayudas y acuerdos que sin duda han de contribuir - y debemos felicitarlos por ello - a un mayor desarrollo conjunto y entendimiento mutuo de los pueblos en ella representados, no podemos menos de reflexionar sobre el hecho de que esos mismos pueblos siguen siendo el exponente de las tres culturas, las tres religiones y las tres civilizaciones que un día llegaron a un punto de encuentro en Córdoba. Y mirar hacia atrás con la esperanza de tratar de recuperar, a partir de la fragancia del vaso, - como decía el maestro Azorín - las esencias del espíritu que lo habitó.

En este gran objetivo de convivencia con *los otros* quizá se deba comenzar por *el otro*, más cercano, más cotidiano. Por el emigrante, el desempleado, el enfermo, el que no piensa como nosotros, el de otra raza o el que muere de hambre, de alguna enfermedad incurable o de soledad. A lo mejor más cerca de lo que pensamos. Por eso, para alcanzarlo, el comportamiento de todos debe empezar por el de cada uno de forma que adquiramos la convicción de que "las amenazas a la convivencia pacífica intercultural es algo que pesa sobre cada ciudadano y que depende de él, de sus actitudes, de sus hábitos, de sus conocimientos, de sus valores y de su resolución", como nos recordaba el último doctor honoris causa nombrado por nuestra Universidad, Federico Mayor Zaragoza, quien en su discurso de investidura también afirmaba: "Ahora está claro que los más difíciles cambios son los de mentalidad, que los muros que subsisten en cada uno de nosotros deben también derribarse y que para ello no existen soluciones técnicas sino espirituales".

La Universidad debe hacer suyos estos objetivos y unir su voz a la de aquellos que, para conseguirlos, prestan la suya a quienes, o no la tienen o carecen de la posibilidad de hacerla oír con el eco necesario, a la vez que proponer su actitud de crítica y compromiso constructivo como ejemplo de conducta para todos los universitarios.

Lord Menuhin, al conferirnos hoy el grado de doctor honoris causa por nuestra Universidad saludamos, por una parte, al creador y al artista. Al hombre que ha hecho de su vida un servicio constante a la idea musical y al intérprete que ha sabido transmitir al público, en las vibraciones de las cuerdas de su violín, las de un universo pleno tanto de humanidad como de sentido espiritual y trascendente. Saludamos también al hombre capaz de estar junto a sus semejantes, de ayudarles con su apoyo personal, con su música o llevando a los distintos foros la realidad de sus problemas y aspiraciones. Otorgamos el anillo con nuestro sello al maestro que se ha preocupado por difundir y ampliar el saber

musical, por crear centros para el estudio y medios para hacerlos accesibles a todos cuantos buscan en ellos respuesta a su inquietud artística. Y damos nuestro saludo al hombre sencillo que busca la belleza y la veracidad tanto en las notas de Bach como el jazz de violín de Stephane Grapelli o el *sitar* de Ravi Shankar.

Pero sobre todo, como cordobeses, nos sentimos orgullosos de incorporar a nuestro Claustro al hombre tolerante, al trabajador por la convivencia basada en la libertad, el respeto y el diálogo con los que alcanzar la armonía de las culturas y las religiones. Y al intelectual que, pese a todo, sabe mantener intacta toda su capacidad de maravilla a la hora de adentrarse en la tarea de crear, crear y descubrir. Algo en lo que sabía ser maestro también otro de los más queridos doctores de esta Universidad, el desaparecido maestro Severo Ochoa Albornoz.

Tan señera ocasión ha encontrado también uno de los marcos más solemnes que la ciudad utiliza para sus celebraciones: El Salón de los Mosaicos en el que nos hallamos, cuya cesión para esta ceremonia quiero agradecer muy encarecidamente al Ayuntamiento cordobés, como agradecemos también a la Fundación Torre de la Calahorra su colaboración a la hora de llevarla a cabo.

Con nuestro abrazo, maestro Yehudi Menuhin, sed bienvenido. De toda esta solemne ceremonia, él quizá sea la expresión más sencilla y expresiva de nuestro afecto y admiración y el símbolo más universal del entendimiento entre los hombres. Sencillo, pacífico, sin ornamentos y a veces muy difícil de ejecutar. Como la *Chacona* de Bach con la que un día nos deleitásteis en la Universidad de Córdoba y a través del cual queremos hoy, en alguna medida corresponderos.